

Chismecito
Literario Vol. 2

MAGALI T. ORTEGA

@nenamounstro

hachette+

«Las conexiones entre mujeres son la fuerza más temida, más problemática
y potencialmente más transformadora del planeta».

ADRIANNE RICH



AGRADECIMIENTOS

Los agradecimientos de esta edición quiero dárselos a mi linaje femenino. A todas las mujeres de mi vida que me construyeron, me construyen y espero lo sigan haciendo y, clara que sí, también a mis perros y a mi gato que me dan vida todos los días.



Mi familia



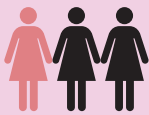
Rupi



María Luisa



Silvia Elsa Lupita



Yo Itzel Ingrid



Isabel



Olga



Imelda



Viky



Pilar



Pilar



Cata



Rosalinda



Laura



Mis amores con pelos



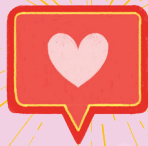
Gino



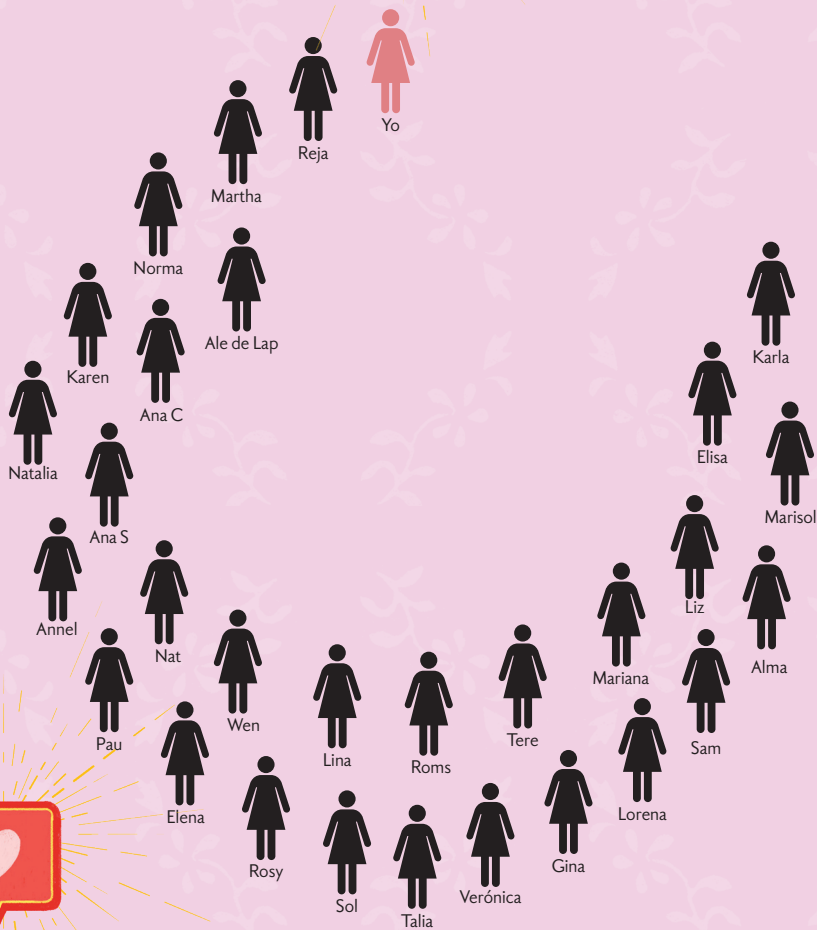
Churro



Chacho



Mis amigas/maestras/facilitadoras



Mi comunidad

- Tú, que lees este libro.
- Tú, que compraste este libro para una otra mujer.
- Tú, que le has dado like a mi contenido en redes.
- Tú, que compartes mi contenido y haces que cada vez más lectoras me encuentren.
- Tú, que echas el chisme conmigo en los comentarios.

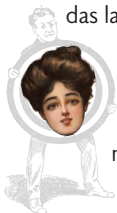


LA ÚNICA CULPABLE

«¿Cómo quieres tú que le den el premio a una mujer asesina y borracha?»

BRAULIO ARENAS

Un intento de homicidio fue suficiente para que a María Luisa se le negara la vida, la fama y la posteridad de escritora que se merecía. Fueron misóginas y nauseabundas las palabras que Arenas, poeta chileno, declaró a la prensa cuando, por quinta vez, a la Bombal le negaron uno de los premios más finolis y rimbombantes que Chile puede dar: el prestigiosísimo Premio Nacional de Arte. Pero, momento, momento, momentito, ¿ya se nos olvidó que en 1951 William S. Burroughs, un borracho y drogadicto, mató a su esposa “jugando”? Ah, pero a ellos se les perdona todo, no importa que William fuera todo eso porque en 1983 fue elegido para pertenecer a la American Academy of Arts and Letters y en 1984 ganó el premio francés Ordre des Arts et des Lettres. Traguito de café para que no nos dé el patatús. Mientras ellos siempre han gozado de la impunidad de sus salvajadas, mujeres como María Luisa fueron... ¿castigadas?



A la academia y a las editoriales, no les importó –ni les ha importado– que ella estuviera traducida hasta en checo. Que su brevísima obra –porque, así como Juan Rulfo, ella sólo escribió dos novelas, ¡pero tantas novelas!– recibiera la mejor de las críticas. Ni que *cñores* como Pablo Neruda, Borges o García Márquez le aplaudieran, incluso que el colombiano se *inspirara* en ella. María Luisa vivió vestida, alborotada y borrada.

El amor romántico, ese pinche amor romántico que tanto daño nos ha hecho, provocó que María Luisa soñara con un

esposo eterno, una casa luminosa, hijos, una camioneta y un perro. Sí, ella quería eso y cuando se atrevieron a aplastar su honor y su corazón, primero huyó y después disparó. Tres plomazos le soltó.

Su intento de homicidio tenía nombre y apellido: Eulogio Sánchez, un señor casado



y mucho más viejo que ella, que al conocer a la elegantísima María —con esas uñas rojas, tacones del quince y esos veintipocos años— quedó atontadísimo. Como el cuento de nunca acabar le prometió el cielo, la luna y las estrellas, y ya se imaginarán que no lo cumplió. «Eulogio me habló de amor y lo escuché», dijo ante un juez.

Y así fue, ese señor, ese primer maldito amor, ese primer sentir mariposas en la *pushflower* le arruinó la vida para siempre, pero no todo es malo, tenemos que agradecerle al tal Eulogio haberle roto el corazón porque sin esa experiencia, horrenda y humillante, ella no habría escrito dos de las mejores novelas de Latinoamérica y de todos los tiempos: *La última niebla* (1931) y *La amortajada* (1938). Las dos tuvieron pelines autobiográficos y esto le sirvió para sacarse el chamuco, eso que le quemaba las vísceras, eso que la cegaba de rabia y la hacía vomitar bilis del puro coraje y frustración porque Eulogio no la eligió a ella. Escribiendo encontró, de manera temporal, adormecer a los demonios y exorcizar su alma, pero la escritura no fue suficiente.



Una noche, María Luisa al no sentirse elegida y querida, con la pistola de Eulogio se disparó dramáticamente en el hombro. Él la corrió de su casa y no quiso volver a verla, pero ese deseo no se le cumplió porque volvieron a encontrarse una vez más con una pistola.



Pablo Neruda la invitó a Buenos Aires para que se alejara de ese ambiente tóxico y le abrió las puertas al mundo de la intelectualidad. Se hizo amiga de García Lorca, Borges, las Ocampo, Oliverio Gironde, Norah Lange y de un tipituchal de intelectuales de moda.

Contagiada de la escritura, María Luisa todas las mañanas se sentaba en la mesa de mármol con Neruda a tomar café y a escribir.



Nadie se imagina el poder que un corazón roto puede tener en la literatura. Y ahí tienen a María Luisa, **TACA. TACA. TACA.** dándole duro a la tecla recordando a Eulogio mientras escribía *La última niebla*. En una entrevista dijo: «Se trata de mi primera experiencia amorosa, que fue bastante espantosa, yo lo puse a él como marido; la novela tiene una base autobiográfica bastante trágica y desagradable... La experiencia sexual también... La novela está basada en mi primer amor, que terminó a balazo limpio».

¿Sabían que María Luisa fue la primera mujer latinoamericana en hablar del deseo

femenino? Puso el orgasmo, la sexualidad, la pasión, el arrebato y el cuerpo de las mujeres así como es, así como se siente. Fue la primera que no escribía frases ridículas como “pechos turgentes”. ¡Gracias!



«...me acaricia, me quema, me penetra, me envuelve, me arrastra desfallecida.

A mi garganta sube algo así como un sollozo, y no sé por qué empiezo a quejarme, y no sé por qué me es dulce quejarme, y no sé por qué es dulce a mi cuerpo el cansancio infligido por la preciosa carga que pesa entre mis muslos».



J-O-Y-A



Puros aplausos recibían sus novelas, puras buenas críticas, puro asombro y la Luisa en las nubes. Empoderada y encarrerada con sus tacones del quince, un día se le ocurrió escribir *La amortajada*. En un cafecito le contó a su mejor amigo, Borges, la idea: una novela donde lo fantástico se mezclara con la realidad. Jorge Luis escupió el café y le dijo que estaba loca, que eso no iba a funcionar y que era la peor idea. Afortunadamente, hizo orejas de palo, lo ignoró y ¿qué creen?, que en 1938 nace el realismo mágico de sus manitas. Ella empezó a mezclar lo mágico con lo sobrenatural, lo real y lo fantástico. Perdón que les rompa el cora, pero no, no fue Gabriel García Márquez, no; ni Elena Garro, fue María Luisa Bombal. La madre de todos los escritores latinoamericanos, dijo Carlos Fuentes en una conferencia. Borges, tiempo después declaró «Es un libro que no olvidará nuestra América».

«Le dije que sus páginas habían inspirado varias calles de Comala y dijo sentirse honrada», contó Rulfo. «Ella es la adelantada de lo que se ha dado en llamar realismo mágico», reconoció García Márquez.

Vaya, vaya, vaya. María Luisa había llegado para marcar una nueva corriente literaria. Hasta los mismísimos *cñores* del *boom* hablaron públicamente de ella y la reconocieron... esto era como ver un unicornio en un campo de orquídeas susurrantes. María Luisa era un unicornio. Hasta que dejó de serlo.



En tan sólo siete años alcanzó las estrellas. Todo lo que publicó y escribió lo hizo en Buenos Aires: dos novelas cortas, cinco cuentos de los que se destaca “La historia de María Griselda”, y varios textos en crónicas poéticas. Tuvo ayuda de su amiga Norah Lange y Oliverio Girondo, quienes le publicaron *La última niebla*, ilustrado por Larco. Y *La amortajada* se publicó en Editorial Sur, de Victoria Ocampo.

Persiguiendo el sueño de señora bien casada, porque no, no se le había quitado la idea, tuvo un matrimonio espantoso con Jorge Larco,

pintor amigo de Neruda, que le propuso matrimonio para silenciar los rumores de su homosexualidad –en ese tiempo, en Argentina, era un crimen serlo–. Tra-ge-dia. Con el tiempo, se dio cuenta de que ella no estaba hecha para andar tapando a nadie. A la hora de pedir el divorcio, tuvo que decir por qué. Las cosas se pusieron tan calientes que su propio abogado le recomendó cargar con una pistola por si las mocas. No, *GOD*, no.

Después del escandaloso divorcio se regresó a Chile para meterse en un pedo enorme. ENORME. Pedo que le costó su carrera, su nombre y su recién estrenado prestigio de escritora. Un día María caminaba tranquilamente, cuando de repente se paralizó y como al exorcista, se le volteó la cabeza al ver a Eulogio saliendo del Hotel Crillón. ¡Chíngate ésa! María Luisa vio rojo, en un tris tras todo su pasado con él regresó y, sin pensarlo, metió la mano a la bolsa, agarró la pistola que guardaba junto a su lápiz labial rojo y corrió tras él gritando su nombre... EULOGIO, EULOGIO, EULOGIO! Y cuando él se dio vuelta...

¡PUM! Un plumazo por coraje. **¡PUM!** Otro plumazo por capricho. **¡PUM!** Otro plumazo por placer. Es mi chiqui homenaje a mi querida Paquita la del Barrio. Tres balas le regaló. Cuando la subieron a la patrulla dijo: «Yo soy la única culpable».

Eulogio no se murió,
le disparó en las pantorrillas.
Eulogio murió, años más tarde,
en un avión que él piloteaba.

SPOILER
ALERT

“Escritora protagonizó baleo en pleno centro de Santiago”, se leía en la prensa y uno de los párrafos del texto en mayúsculas y negritas pusieron: **CELOS**.



María contaba con la carta de la fama y el prestigio y sólo por eso la justicia chilena se portó buena onda con ella, Eulogio no presentó cargos y Bombal estuvo tres meses en un psiquiátrico alegando locura temporal. Su mamá le ayudó a agilizar su huida a Estados Unidos, en donde empezó de cero, una mujer reseteada y sin un pasado criminal.

Por fin, con los gringuitos encontró paz, tranquilidad y un conde francés llamado Rafael de Saint- Phalle que le dio una familia. Algo se nos quebró en María Luisa, todo lo que vivió en su pasado la rompió: «Tal vez en aquellos tiempos la indignación y la ira me sostenían, pero ahora todo me parece tan triste e inútil», le confesó a su hermana en una carta. Su vida con los gringos no fue mala, diría que fue plana, estable, color crema. Fue traductora, trabajó para la Unesco, dobló la voz de Judy Garland en el cine, la hizo de *copy* en una agencia de publicidad y le compraron los derechos de *La última niebla* para hacer una película que jamás se filmó. Nunca más se sentó a escribir otra novela magnífica. Tan sólo tuvo intentos de, pero nunca la terminó.

«Me siento muy triste, no ya tan deprimida, pero triste siempre. Un estado de ánimo que no conocía hasta ahora. Dice la Biblia que la tristeza es la gran tentación del maligno. Reza por mí. Te hablo en serio. Reza porque pueda terminar mi libro en estos próximos meses», es el fragmento de una carta que María Luisa envió a Rafael, su editor en Argentina. Pero no lo logró, María Luisa sólo prometía que ya pronto, que ya mero, que ya casi terminaba su tercera novela, pero ésta nunca llegó.



Más pobre que una rata y más sola que la luna, cuando quedó viuda, regresó a Chile. El gusto por andar con una copita de vino en la mano a todas horas hacía de sus cuidados algo muy complicado. Sufría de *delirium tremens*, le aterraba abrir la llave del agua porque, en su delirio, decía que saldrían leones a devorarse su alma. El gobierno, a manera de disculpa por nunca darle el Premio Nacional de Arte –cinco veces nominada,

¡cinco!– la pensionó vitaliciamente con unos cuantos pesos. Brigitte, la única hija que tuvo con el conde, se alejó de su madre desde los diecisiete años, ocasionalmente le mandó dinero para sus tratamientos, pero de ahí no pasó el contacto.

Los jurados que decidían el Premio Nacional de Arte siempre fueron

hostiles con el trabajo de las mujeres, nada más hay que ver que Gabriela Mistral primero se ganó un Nobel, que el premio de su país. Hasta muchos años después se lo darían. Y el ejemplo de María Luisa que, a pesar de sus magníficas obras servidas con caviar por todas las críticas, le dijeron: *No, mi ciela*.

Dicen que existe, o existió, un baúl con manuscritos de María Luisa y dentro una novela inacabada llamada *Caín* y la única con acceso a éste es Brigitte, a quien nunca le importó reclamarlo. Ni fue al funeral de su mamá. María Luisa Bombal murió el 6 de mayo de 1980 como no hubiera querido: sola. ✦

PETIT Chisme

Las mujeres bombalianas son muy parecidas a ella: mujeres solitarias, tristes e infelices que juegan con lo mágico, lo sobrenatural en un plano real.





LA MUJER QUE PRESTABA SUS CALZONES PARA APOSTAR

El mundo de la literatura está plagado de *cñores blancos privilegiados* –de los que estamos HARTAS–, mismos que han abusado de su poder y de su pito con las mujeres. Pero hay uno, al que podríamos nombrar como “El garbanzo de a libra de las letras”, “La aguja en el pajar” o con el que podemos exclamar: ¡Mana, te sacaste la lotería! Un buen representante del *#NotAllMen* fue Fiódor Dostoyevski, que en su lecho de muerte, tomó de la mano a Anna, su querida esposa desde hacía 14 años y le dijo: «Recuerda, Anna, siempre te he querido con todo mi corazón y nunca te he sido infiel, ni siquiera con el pensamiento». Y, después de búsquedas exhaustivas es cierto, nada indica que F abusó de su privilegio masculino con Anna; al contrario, fue una relación llena de amor, trabajo y respeto mutuo.

Pero no todo fue maravilloso porque antes de que la paz llegara y todo fluyera, hubo tormentas y huracanes en sus vidas y su matrimonio se tambaleaba, pero el amor todo lo puede. Cursi, pero sí, ya verán por qué lo digo.

F tuvo una vida digna de un capítulo de la Rosa de Guadalupe. Si quieres que te cuente qué le pasó antes de llegar con Anna, pon tu cámara en el QR de aquí abajito.



Ya que fuiste y viniste, sabes que F tenía un defectototote: le gustaba el juego, nos salió ludópata y para acabarla de amolar, con una suerte de perro. El *man* debía mucho dinero y apostaba hasta los calzones en la ruleta. Siempre endeudado, siempre perdiendo, siempre debiendo.

Con tal de que no me lo metieran a la cárcel, le pidió un préstamo a su editor, quien alevosa y ventajosamente se lo dio con dos condiciones: **1.** tenía que entregarle una novela nueva en menos de un mes, y **2.** debía dejarle en garantía los derechos de autor de sus novelas pasadas. Todo bien, nomás que a mi F le dio diarrea de la preocupación porque además de comenzar

una nueva novela, estaba entregando por partes *Crimen y castigo* (1866).

Con esa preocupación mi F no dormía, no comía, le entró la vomitona del nervio y andaba que no lo calentaba ni el sol, pero si había pasado cuatro años en Siberia, escribir dos novelas al mismo tiempo ¡por favor, cualquier día! El problema es que él no era tan rápido escribiendo y tenía el **TICTAC** del reloj encima.

Pero como dios aprieta, pero no ahorca, llegó Anna a su vida en forma de ángel salvador, una muchachita buenaza para la tecla y rápida como el Rayo McQueen. Cuando Anna supo que trabajaría para uno de los meros meros escritores dio un gritito y un saltito discreto porque era muy fan y los calzones se le cayeron de la emoción, mismos que después perdería en la ruleta.

En las mañanas, F se ponía a escribir *Crimen y castigo* y en punto del mediodía, Anna llegaba para mecanografiar *El jugador* (1866), la novela más corta y menos compleja de F. Durante esas cuatro horas de trabajo, se daban ratitos para tomarse una tacita de té y echar el chismecito. A decir de los diarios de Anna, esos serían los momentos favoritos de los dos. Y para mí que fue ahí cuando se empezaron a hacer ojitos: «Mi corazón estaba lleno de ternura hacia Dostoyevski, que había sobrevivido al infierno del exilio.

Soñaba con ayudar al hombre que había escrito unas novelas que tanto adoraba», escribió en su libro *Memorias* (1925).

Y, como por arte de magia, ¡en 26 días terminaron! Aunque fue una novela corta, eso no le quitó lo brillante y fatalista, como todas sus obras. Terminado el asunto, cada quien debía regresar a sus vidas, pero había cierto cosquilleo, una picazón donde los dos se sentían desolados por esa separación hasta que a F se le ocurrió sentar en una silla a Anna y como contándole una novela, le pidió matrimonio. No, no lo imagino, así lo narró ella en sus memorias, y perdón, pero lo tengo que reproducir aquí porque se me hace adorable esa timidez, esa duda, esa zozobra que F escondió atrás de una mentirijilla:



“Póngase en su lugar por un momento”

dijo con voz temblorosa. «“Imagine que este artista soy yo. Que le he confesado mi amor y le he pedido que sea mi esposa. Dígame, ¿qué respondería?” Su rostro revelaba una vergüenza tan profunda, un tormento interno tal, que comprendí por fin que no se trataba de una conversación sobre literatura, que si le daba una respuesta evasiva daría un golpe mortal a su autoestima y orgullo. Miré su rostro preocupado, que se había vuelto tan querido para mí, y dije: “Le respondería que le amo y le amaré toda mi vida”. No intentaré transmitir las palabras llenas de ternura y amor que me dijo entonces, pues son sagradas para mí. Estaba aturdida, casi aplastada por la inmensidad de mi felicidad y, durante mucho tiempo, no pude creerlo.»



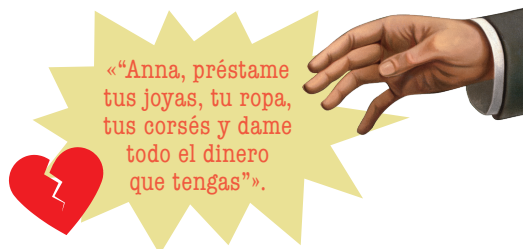


Anna también estaba enamorada de ese hombre enjuto, de mirada perdida, medio calvo, que usaba ropa más grande que la de su talla. El bodorrio se celebró un 15 de febrero de 1867 y ella estaba a punto de sobrevivir a los años más huracanados junto al amor de su vida, pero eso no lo sabía. A la comadre le preocupaban dos cosas: los episodios de epilepsia, cada vez más frecuentes de F y las deudas, las malditas deudas que no había manera de parar porque el don seguía dándole duro a la ruleta y con la suerte de perros que tenía, sabíamos que salía peor de lo que entraba. Entre que tenía pésima suerte para el juego, también tenía una parentela que sólo estaba buena para estirar la mano y pedirle prestado.

Anna, harrtta de que la parentela sólo le pidiera lana, harrtta de que los cobradores le tocaran la puerta un día sí y otro día también, le sugirió que se pelaran, que se fugaran, que se escondieran porque: debo no niego, pago no tengo. Ella empeñó todo lo que tenían, empacaron unos trapitos y llegaron a Dresden. Y adivinen qué pasó... pues como buen adicto, F en un segundo localizó el casino más cercano. Pa'matarlo. Pa'mearlo. Dice Anna en sus memorias:

«Me sentía asqueada hasta lo más profundo de mi alma al ver cómo sufría Fiódor Mikhailovich, volvía de jugar a la ruleta pálido, demacrado, apenas capaz de caminar, pidiéndome más dinero, me había confiado

todo su dinero, se marchaba y, al cabo de media hora, regresaba más angustiado por más dinero. Esto continuó hasta que perdió todo lo que teníamos.



«Anna, préstame tus joyas, tu ropa, tus corsés y dame todo el dinero que tengas».

Esa noche Anna se rompió en pedacitos, su corazón de bombón explotó, se sentía perdida, se sentía una inútil, porque NADA de lo que ella hiciera para ayudarlo parecía funcionar, ni llevarlo a caminar, ni leer juntos, ni hacerle piojito. Nada pinches nada servía. Lloró desconsoladamente mientras se sorbía los mocos aceptando un destino para el cual nadie la preparó: vivir en riesgo permanente por culpa de un señor.

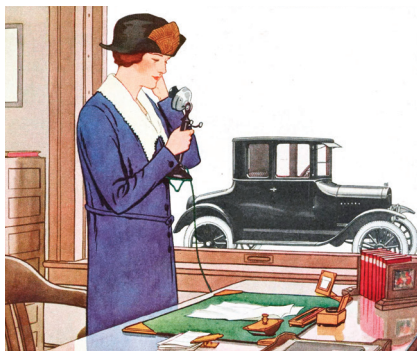
F se partió en mil al ver a esa mujer quebrada que sólo le había dado amor, paciencia y comprensión e hizo algo que me dejó anonadada por venir de un señor de los 1880. Tomó de la mano a Anna, la vio a los ojos y le dijo: «Ahora todo es tuyo, enteramente tuyo, todo tuyo. Hasta ahora, la mitad pertenecía a esa maldita fantasía». Le juró por la virgencita que dejaría el juego y el trago para ponerse a escribir. Lo cumplió.

A mi Anna no me la iban a chamaquear dos veces, ino, señor! Porque si por tonta me caigo, por chingona me levanto. Anna estaba harrtta de que lo poquito que ganaban,

lo debían y así nunca podrían tener un pollo completo en la mesa.

Anna se compró la promesa y sin pedirle permiso, tomó el control de su carrera, se juró nunca más volver al círculo de miseria, de la zozobra, de la perdición y el juego. Se le acabó el veinte al señor. Como si no fuera suficiente chamba cuidar de la casa y los chamacos, cambiar pañales, darles chichi, educarlos, barrer la casa, lavar los trapos, hacer el caldito de pollo, cargar con el luto de haber perdido dos hijos, Anna se empezó a formar como editora, –como dios le dio a entender–, pero sabía que era ahora o nunca o volverían a perderlo todo.

Mientras F se quedaba en la casa escribiendo, ella salía a visitar a proveedores de papel, a negociar con el de la imprenta –insisto, como dios le dio a entender– y a diseñar los planes de distribución a las librerías y así. Como buena mujer negociadora, visionaria, trabajadora y chingona, logró que su marido fuera el primer escritor autopublicado en toda Rusia y ella se convirtió en **la primera mujer editora de la historia de su país**.



Publicó *Los demonios* (1872) y vendió más de 300 libros, hasta llegar a *Los hermanos Karamázov* (1880). Anna empezó a hacerse cargo de todo lo relacionado con contratos, edición, facturas, distribución y dinero.

Fue gracias a ella que la vida se equilibró; no eran ricos, pero tampoco le debían a nadie. El trabajo de Anna fue tan importante que dicen que hasta Sofía Tolstói le fue a pedir consejos: ¡Ah, sí! Porque L Tolstói también debía harta lana, también le gustaba jugar y empinar el codo y también escribió una novela para pagar una deuda (*Los cosacos*, 1863).

No hay registros de que ellas hayan tenido una amistad; lo cierto es que la historia no trató tan bien a Sofía como a Anna.

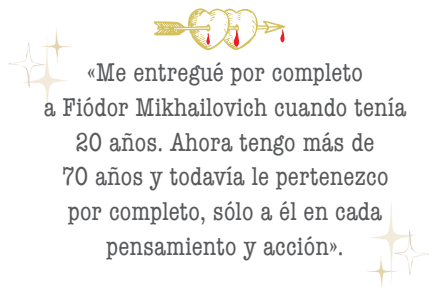
A sus 35, la tragedia volvió con mi Anna, se le murió el marido y se quedó viuda con dos hijos que mantener. Entonces ahora se dedicó a ser la representante y albacea de su marido, dejó intacta su obra y defendió su legado y honor. Quedóse viuda para la eternidad y, para variar, ni figura en los libros de historia. ¿Nos sorprende? ¡No, no nos sorprende!

Anna fue una pieza clave para la edición y publicación de grandes obras de la literatura universal, pero también dejó su legado histórico con valor biográfico en *Los diarios* (1867) y *Memorias*. Sólo gracias

Mana,
¿cómo le hiciste?,
voy a hacer
lo mismo con
mi marido.



a sus escritos pudimos conocer el gran y profundo amor que se tuvo la pareja y que durante catorce años no hubo un solo día en que no se dieran la mano para caminar juntos sin importar si el piso era lodoso, resbaladizo, con baches, liso y perfecto.

 «Me entregué por completo a Fiódor Mikhailovich cuando tenía 20 años. Ahora tengo más de 70 años y todavía le pertenezco por completo, sólo a él en cada pensamiento y acción».

¡Hasta se me puso la piel chinita!

Y no puedo terminar este chisme sin decirles lo que Tolstói se atrevió a decir: «Muchos escritores rusos se sentirían

mejor si hubieran tenido esposas como la que tuvo Dostoyevski».

PERDÓN, ¿qué dijiste? ¿Leí bien? ¡Tú tuviste a Sofía, mi rey, al Santo Grial de las esposas-editoras-transcribidoras-ayudantes-administradoras, que te copió siete veces *Guerra y paz* (1867), que empeñó su propia lana para que tú publicaras... ¡Ay, pero eso es otro *chismecito literario*® que se los contaré en la versión: “viejos rancios”, porque miren, yo quiero mucho a Tolstói, pero de que trató mal a Sofía, la trató.

Si quieren saber cómo llevar un buen matrimonio, no le hagan caso a Tolstói, vayan a terapia y lean los libros que Anna escribió. *Annya*, como le decía de cariño F, murió con la autoestima hasta arriba y el perreo hasta abajo. ✦

PETIT Chisme

Anna no fue la única mujer de F. Antes de ella existieron: María Isáeva, quien serviría de inspiración para Natasha en **HUMILLADOS Y OFENDIDOS** (1861); y Apolinaria Suslova, la que más hondo le caló, fue su personaje principal en **EL JUGADOR**, la llamó Polina, y casi en todas sus novelas podemos encontrar guiños a ella; por ejemplo en Dunia, dentro de **CRIMEN Y CASTIGO**; en Nastasia Filípovna, en la novela **EL IDIOTA**, y en Liza, dentro de **LOS DEMONIOS**.



DE BRUJA DE LA FAVELA A TOP EN VENTAS



«Cuando estoy en la ciudad tengo la impresión de que estoy en la sala de visitas con sus lámparas de cristal, sus alfombras de terciopelo, cojines de satén. Y cuando estoy en la favela tengo la impresión de que soy un objeto obsoleto digno de estar en un cuarto de deshechos».

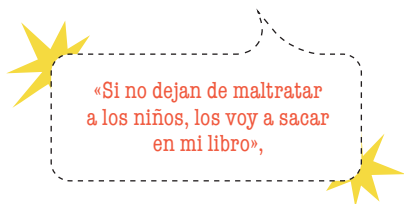
Ahora sí, les sugiero que se traigan un pañuelito desechable porque con esta historia yo, tú, ustedes, nosotros, vosotros, ellos, todos vamos a llorar. Porque este chismecito les va a desgarrar el calzón y el corazón. No van a dar crédito de lo que le pasó a Carolina Maria de Jesus, una mujer que pasó de recoger basura a ser la autora más vendida en Brasil y terminó recogiendo basura otra vez.

Carolina y sus tres hijos vivían en Canindé, una favela de São Paulo. Todas las mañanas sin importar el clima o los dolores del alma o del cuerpo se paraba a espulgar en el basurero, a sacar latas, papel y vidrio que después vendía. A veces les alcanzaba para comer arroz, a veces sólo se tenían que conformar con un café. Todo eso cambió –de momento– cuando se convirtió en la autora más famosa y vendida de Brasil. Y hasta aquí todos podríamos pensar... ¡pues qué tiene, es una historia de éxito! Pues no, amiguitos. Los políticos, los académicos, la prensa, su representante y hasta su casa editorial la usaron como carne de cañón, la lanzaron a los perros, la despellejaron y se la comieron viva. Una vez que Carolina ya no era “vendible”, la regresaron a la pobreza y la enterraron.

Carolina pasó de vestir ropa deshilachada que encontraba en la basura a usar vestidos bonitos con collares para ir a las presentaciones de su libro. Pasó de *pelearse a las piñas* con sus vecinos que la llamaban puta –por ser madre soltera de tres niños– y bruja –un día la arrestaron porque pensaron que se dedicaba a eso–, a cenar e ir a fiestas con gente blanca privilegiada y colonizadora. Pasó de ser un cero a la izquierda a ser la mujer más carroñeada en los medios. Pasó de vivir en un cuarto hecho de tablas, con el suelo de lodo, a comprarse una casita modesta, hecha de ladrillos, en un barrio de clase media, la cual tuvo que malvender al poco tiempo porque la tranzaron con sus regalías. Pasó de vender miles de libros al completo olvido. *Cuarto de desechos* (1960) fue su luz y su oscuridad. Su suerte y su desgracia igual



que Audálio Dantas y todo el huracán que llegó atrás de él. Ese periodista que un día se enlodó los zapatos para estar en Canindé, escuchó a Carolina gritar:



lo que le hizo voltear la cara para buscar a esa mujer negra, precarizada y con las piernas sucias para preguntarle con los ojos abiertos como plato: ¿Estás escribiendo un libro?!

Dantas leyó el diario de Carolina donde exponía, sin pelos en la lengua, las desigualdades y las injusticias de cómo era vivir en una favela, sus diarios estaban cargados de tristeza, enojo e indignación, pero nunca dejó que la nube negra la cegara de coraje, había pasajes donde hablaba del amor, de la gratitud que sentía por estar viva, de los olores de la lluvia y de las flores. Se chingó a los gobernantes de su país denunciando su indiferencia y la violencia que inundaba las calles. Radiografió su



barrio, donde a la menor provocación se sacaban un machete y se mataban, la precarización extrema de la gente que recogía la comida podrida que las grandes empresas tiraban al río –empresas que preferían ponerle veneno que dársela a ellos–. Describió cómo se desmayaban de hambre, la prostitución de las niñas, las enfermedades colectivas y el olvido generalizado de la sociedad hacia la gente pobre como ella. A la favela la llamaba el *cuarto de deshechos*. Dantas se quedó anonadado por la fuerza y la contundencia de sus diarios. Supo que ese texto que tenía en las manos era dinamita pura e iba a incendiar Brasil.



Entonces hizo un trato con Carolina: ella le daba permiso de llevarse sus diarios y él regresaría con contratos firmados por una editorial. No le interesó la ficción ni sus poemas, él sólo quería la gasolina, ya se encargaría de encontrar el cerillo.

Llegó Livraria Francisco Alves, la casa editorial que aceptó publicar los diarios, con un supuesto contrato de 6 millones de reales –dice Google que algo así como 150 mil dólares, hoy–, pero casualmente no

hay ni un sólo documento que demuestre que Carolina haya firmado por esa cantidad, porque únicamente se lo “platicaron”. Todo lo administrativo pasaba por las manos de su apoderado/mánager, que muy vivillo pidió el 5 % de las regalías mientras que a Carolina le darían el 10 %.

En la primera semana de publicación, el libro vendió 10,000 ejemplares, tan sólo en São Paulo. A los seis meses, había rebasado las 90,000 copias. ¡NOVENTA MIL COPIAS! Eso la hizo ponerse a un lado del escritor Jorge Amado, que entonces acaparaba los récords de ventas.

Una locura, una revolución, un sobrepasado huracán que nadie vio venir. El libro *Cuarto de desechos* paralizó y electrificó a todo Brasil, Uruguay, Argentina y Chile. Empezaron las firmas de libros, los viajes, los premios, las entrevistas, la sobreexposición, pero Carolina lo único que quería era comprarse una casa de ladrillos. Con el poquito dinero que le dieron de anticipo, unos 300 dólares, dio un primer pago para mudarse con tres colchones sacados de la basura, un librero reconstruido y sus tres chamacos, a un barrio de clase

media trabajadora. Por fin podía comprarles zapatos y darles de comer tres veces al día. Aunque su casita era muy modesta e incluso la prensa la llamó “choza”, ella la veía como un palacio. Finalmente tenía electricidad, un piso de cemento y agua en el grifo. Cuando se mudó de la favela, sus vecinos salieron a gritarle que era una */(&) %(# envidiosa porque bien que escribió de ellos y puso sus nombres, pero se negaba a repartir el dinero con ellos. La apedrearon junto con sus hijos.

Miren, hagan de cuenta que Carolina se volvió la Lady Di de Brasil. Cuánto morbo, envidia y mal de ojo generaba que una mujer negra y pobre tuviera éxito. La prensa y los curiosos acampaban afuera de su casa, todo lo que hiciera Carolina para ellos era nota. Hablaban de su cuerpo, de cómo se vestía, cómo hablaba, lo que decía, cómo se comportaba, porque todo era un pedo para ellos. La caricaturizaban, minimizaban su obra diciendo que sólo impactaba por el contenido y no por el estilo, –a ver, ahora, díganlo sin chillar–, decían que el gobierno la mantenía, que ya se le había subido el éxito a la cabeza, que perdió el piso, que ahora se las daba de muy señora elegante y ya no salía de Fasano –un salón de té muy pipiriquis–, que ya no caminaba por otro lado más que por Itapetininga –que era como el Rodeo Drive o el Champs Élysées de Brasil–. La prensa sólo quería vender notas sensacionalistas a costa de ella. Decían que ya se le había subido el éxito pero Carolina nada más estaba INTIMIDADA Y ASUSTADA.



Nadie de su editorial la asesoró ni le ayudó, ni en lo social ni en lo económico A Carolina la aventaron a los leones. Les divertía verla atolondrada y abrumada. Nadie la cuidó. Para ellos no era un ser humano, era un ser en exhibición para el entretenimiento de los demás. Dicen que Carolina tenía una personalidad rara, que incomodaba a la gente con sus comentarios, que era muy llevadita, muy contestona, muy excéntrica. Más bien, querían que Carolina se comportara como ellos, como esa gente blanca con la que tenía que convivir. A una mujer negra y pobre no se le permitía ser ella porque entonces era una persona desagradable, molesta y gritona.

Los políticos también la usaron para tomarse fotos con ella, le dieron las llaves de la ciudad pero el gobierno no la ayudó en nada, ni madres, ni antes ni después.

Mucho ja, ja, ja, mucho ji, ji, ji, muchas firmas de libros, pero poco a poco esto se convirtió en un microinfierno para ella.



carolina maria de jesus

Le mintieron con el dinero. La casita de ladrillos ya no la podía pagar porque

“no había llegado el dinero de las regalías”.



Con la deuda al cuello, se tuvo que salir de ahí y mudarse a Parelheiros. No podía creer lo que le estaba pasando. Cuando le exigió cuentas al tal Dantas éste salió a decir que ella lo había despilfarrado. ¿En qué despilfarraba? ¿En tratar de vivir dignamente? Vendieron los derechos de la obra a 16 idiomas. ¿Y el dinero? Carolina empezó a descender al infierno.

Casa de alvenaria (1961), su segundo libro sólo vendió 3,000 ejemplares. Empezó a borrarse de la escena. Tuvo una segunda oportunidad en 1976 con el ambiente caliente por la represión militar en Brasil, la editorial relanzó el libro en formato de bolsillo y ella regresó a las firmas de ejemplares, pero ya no fue lo mismo.

Poco antes de morir, viajó a Estados Unidos a firmar los derechos sobre su vida para un documental. Le ofrecieron 15,000 dólares que su editorial recibió, nunca vio un centavo de ese dinero. Su destino estaba escrito, ella sabía que nunca sería

Carolina María de Jesús, la escritora, siempre sería Carolina, la puta y bruja de las favelas:



«Con los pies cubiertos de barro, mal vestida y despeinada, la exfavelada lamenta que lo que le ha pasado fue haber escrito cuatro libros, fue demasiado para su yo primitivo».



Murió en 1977, *Cuarto de despojos* se siguió reimprimiendo hasta 1991 y no hay documento demostrando que el dinero de las regalías le haya llegado a sus hijos. Después de ser la mujer fenómeno de la literatura, sus hijos no tuvieron ni para ponerle una veladora en su funeral.

Cuarto de despojos fue una denuncia tan vigente hoy como lo fue en 1960. ✨



PETIT Chisme

A Carolina le minimizaron el impacto de su libro al señalarle a lo chingaquedito lo mal escrito que estaba, que el estilo le fallaba y que si fracasó fue porque no se supo “comportar”.

Por cierto, Brasil sigue negándole el título de luchadora social y escritora.